

## Hasta aquí hemos llegado

Oigo que me llaman y, en un instante, el hilo de mis pensamientos se rompe, la rabia fluye. Es Rolando, un compañero de secundaria al que no veía desde hacía años. En los tiempos del colegio era un chaval muy tímido y taciturno, bajo, pero fuerte y duro como un látigo, y si bien cuando le preguntaban en clase se ponía tan nervioso que no podía evitar el acento marcado y el gesto ceñudo del campesino, durante la hora de gimnasia se desquitaba haciendo una auténtica exhibición: se agarraba a dos de aquella especie de maromas que, junto con las pértigas, completaban el cuadro sueco, se ponía del revés y, con una cuerda en cada mano, cabeza abajo, subía a fuerza de brazos hasta el techo, como un Hércules, con la cara roja por el esfuerzo y las piernas en ángulo recto. Después de la secundaria, dejó los estudios y empezó a trabajar con su padre seleccionando retales y más tarde montó una tejeduría.

No se llama realmente Rolando, pero no quiere salir con su nombre, así que le regalo el de uno de mis

héroes. Lo veo alejarse de un corrillo de manifestantes y venir a mi encuentro. Va un poco encorvado, pero lleva bien la edad. Tiene pelo abundante y canoso, como yo. Nos estrechamos la mano y, mientras me mantiene prisionero entre sus fuertes dedos, se vuelve hacia el corrillo y dice:

—Éste es Nesi, el escritor. Lo anticipó todo en aquel libro del oro.

Desde el corrillo, tres hombres me miran sin decir nada. Cada uno de ellos sostiene una pancarta. En la primera se lee: NOSOTROS SOMOS MUCHO MEJORES QUE LA FIAT; en la segunda: HASTA AQUÍ HEMOS LLEGADO; en la tercera: NOSOTROS TAMBIÉN SOMOS MADE IN ITALY.

—Hola, Nesi, creo que nos conocemos, mi padre tejía para tu abuelo, y yo en tu empresa —me dice uno, el de la pancarta del *Made in Italy*, que no me suena de nada.

Los saludo con la mano, les digo «hola» y pienso que soy demasiado frío, siempre lo soy con estas personas que siempre me han caído y me caen bien. ¿Por qué?

—Entonces, ¿qué dices, Nesi? ¿De quién es la culpa? ¿Cómo acabará esto? ¿Iremos todos a la quiebra? —me pregunta Rolando con mirada atenta, como si esperase una respuesta seria.

Lo miro y realmente no sé qué responder. No me apetece salir del paso con una frase ingeniosa, y menos ahora que los tres hombres del corrillo han dejado en el suelo las pancartas y se han acercado para escuchar

mi opinión. Creo que debo contestar sinceramente a su pregunta llana, pero me siento incapaz de decirle que la culpa también es nuestra, pues pensábamos poder continuar indefinidamente ejerciendo el oficio de nuestros padres como si fuera un derecho adquirido e intocable, que nos engañábamos creyendo poder vender en el tercer milenio los mismos tejidos que producían ellos, hechos con las mismas materias primas y los mismos hilos, y tejerlos en los mismos telares, teñirlos de los mismos colores, acabarlos de idéntico modo y venderlos a los clientes habituales en los mercados habituales.

Lo miro en silencio durante medio minuto y entonces aparece Sergio Vari a mi lado, me agarra de un brazo y me dice que ha llegado la pancarta, que debemos ir a verla. Es verdad, desde el lateral de un camión empiezan por fin a desenrollar la famosa pancarta tricolor que aseguran que mide más de un kilómetro, pero enseguida salta a la vista, hasta de lejos, que se trata de un error. No es una pancarta... Parece una bandera, una bandera infinita. O quizá sea un estandarte, un inmenso estandarte de la esperanza, a juzgar por la cantidad de personas que se agolpan alrededor y quieren tocarlo y pasearlo por la ciudad.

También yo quiero tocarlo y me acerco. Está hecho con tejido de Prato, naturalmente, porque todos los tejidos son de Prato, y a simple vista parece un algodón *malfilé*, y nada malo. Lo toco. Tiene un agradable tacto con cuerpo, de prenda de sport. En la parte blanca del tricolor, repetida decenas de veces, la ins-

cripción PRATO NO DEBE CERRAR está realizada en una fantasía oscura, de cuadros, en el tartán que en Prato siempre se ha llamado «escocés», y resulta difícil explicar la profundidad de la pena y la conmoción que me asaltan de golpe, porque las mantas que la Fábrica de Tejidos de Lana Nesi hacía en sus inicios, cuando Temistocle y Omero aún no se sentían preparados para producir tejidos, eran escocesas; las camisas que me ponía siempre a los dieciocho años, para sentirme más americano, eran de cuadros escoceses; y también era una fantasía escocesa la franela de lana lavable en lavadora que creé para Ralph Lauren inspirándome en una camisa que llevaba Kurt Cobain en el vídeo de *Smells Like Teen Spirit*, hace ya casi veinte años, cuando intentaba ser empresario.

Me alejo de sopetón, como si quemara, rehén de súbitos recuerdos que no creía que pudieran dolerme tanto, y me detengo para mirar la protesta que nace del vientre del gran camión y empieza a extenderse por la plaza. Me pregunto qué se siente al llevar esa bandera infinita. Es esa parte de la vida que no comprendo y en la que jamás logré entrar: la comunitaria, en la que se participa con los demás en las cosas y no se teme dejar a un lado las diferencias y compartir las emociones, algunas opiniones, los sentimientos. No sé si me decidirá a llevarla yo también. No creo.

Veo apartarse de la manifestación a otro compañero de colegio al que no veía desde hacía años, Alessandro Sanesi. Viene hacia mí, me saluda, me coge de un brazo y me dice que leyendo *L'età dell'oro* lloró, de ver-

dad; me mira a los ojos y me aprieta el brazo derecho, y tengo la sensación de que está a punto de añadir algo, quizá de emocionarse, y yo también, desde luego, porque ante él, gracias a él, descubro lo duro que puede ser escribir sobre la vida real en lugar de inventarse las historias; hasta qué punto puede minar lentamente tu interior y desmoronarte como hace el agua con el cemento y la piedra; cuán desesperadamente cierto es que una novela puede ser mucho más que un libro y volverse tan real que te atormente día tras día, transfigurados tus personajes en carne y sangre, rostros, cuerpos, voces, banderas infinitas, y acabes por convertirte en rehén de fantasmas que nunca te abandonarán porque son tuyos. Los has creado tú. Son tú.

Querría decirle todo esto a Sanesi, pero no puedo, porque sería peor. Si se lo digo se convertirá en verdad, y entonces tendré que decírselo también a Carlotta, y a mi padre, así que simplemente lo miro, le estrecho la mano y le doy las gracias. Él sonrío y me da las gracias por haber escrito ese libro.

—De verdad, Edoardo, gracias.

Después se despide y vuelve a incorporarse a la manifestación, y al cabo de un instante ya está lejos, y yo me siento entre toda esta gente, en esta plaza inmensa, solo como nunca en mi vida. Quizá debería subir al escenario y acallar a los cantores de La Spezia, coger el micrófono y pedir disculpas a todos por haber escrito aquel maldito libro, y después volver a casa, abrazar a mis hijos y a Carlotta y pedirles perdón a ellos también, y volver a comprar la empresa y trabajar

de nuevo como industrial textil, y que pase lo que tenga que pasar, porque yo no quería. No quería que acabara así, y sólo Dios sabe que me habría alegrado mucho más narrar el éxito y la sobreabundancia de mi ciudad; que se me habría dado mucho mejor contar las fanfarronadas de mis adorados nuevos ricos, en lugar de su declive; que me habría hecho mucho más feliz ser uno de ellos y haber leído cientos de libros sin haber escrito ni uno solo, que ser una maldita Casandra de noventa y ocho kilos.

Se produce una desviación en el avance de los manifestantes y de pronto la pancarta viene hacia mí, como si se presentara, como si se ofreciera. Doy unos pasos vacilantes y la cojo fuerte, e inmediatamente siento la fuerza tremenda de cientos de personas que empujan en la misma dirección, y debo empezar a andar con ellos o me la arrancarán de las manos. Debo seguirla y llevarla al mismo tiempo, como si fuera un hijo, y espero sonreír con la misma cohibición y serenidad que todos los que sonríen y caminan por la plaza con nosotros, sujetando los bordes de esta bandera infinita que repite cientos de veces que Prato no debe cerrar. Me da vergüenza, pero me digo que he hecho bien en venir y que no podía faltar, que esto es un testimonio, que es importante, y me percató de que son muchos quienes me saludan y sonríen al verme llevar la pancarta. Casi todos son hombres de mi edad, muchos acompañados de mujer e hijos, y no parecen en absoluto tristes, ni deprimidos, ni derrotados mientras acompañan nuestra bandera.

Pero ¿no éramos nosotros la generación X? ¿No éramos gente sin ideas ni ideales, una panda de capullos egoístas y afortunados, criados delante del televisor, que iban a vivir sin siquiera percatarse de su suerte, amos de un mundo ya sin historia, acomodados en un dorado presente sin fin gracias al trabajo de nuestros padres?

¿Y es que nadie debe pedirnos perdón por habernos condenado a ser la primera generación desde hace siglos cuya situación será peor que la de sus padres? ¿Por habernos hecho crear y construir nuestros sacrosantos sueños de bienestar y después habernos dejado sin dinero ni trabajo justo cuando llegaba el momento de vivir esos sueños?

Seguimos avanzando agarrados a nuestra infinita bandera tricolor, los míos y yo, todos sonrientes, todos decididos, todos unidos contra la mala suerte... y a cada paso tengo la impresión de estar mejor. Ahora sé que ya no viviré en el deslumbrante esplendor fitzgeraldiano en que me parecía vivir cuando tenía dieciocho años y sueños ilimitados, y el futuro era un gran regalo brillante, y la vida era ligera y luminosa como la seda, y a mi alrededor cualquiera podía intentar hacerse empresario y sentirse dueño de su futuro, incluso yo. Sé que soy siervo de mis libros y mi familia, y mi destino es escribir. Mientras pueda.

Hoy, sin embargo, quiero seguir caminando junto a los míos. No sé muy bien adónde vamos, pero desde luego no estamos parados.